

El arte de las misiones del norte de la Nueva España, 1600-1821

Cicatrices de la fe

Clara Bargellini

Enderecé luego para allá por la Sierra, por caminos trabajosos, y al bajar al río, peligrosos, por lo pendiente, angosto, y fragoso; de manera que sólo el mirar estos páramos causa horror y no habrá quien no dará a la primera vista intransitable e inconquistable este país con armas españolas. Por estos caminos, o por mejor decir vereditas de venados, llegamos.

Así describió el padre jesuita, Miguel Wirtz, los alrededores de su misión cabecera de Nabogame en la Sierra Tarahumara en 1755. El misionero caminaba de un lugar a otro, conociendo, visitando caseríos y buscando lugares donde los indígenas estuvieran dispuestos a apoyarlo en la construcción de humildes iglesias, las últimas que dejarían los jesuitas en la región.

La expulsión de la Compañía de Jesús en 1767 por Carlos III puso fin a este proyecto de conquista espiritual iniciado en el noroeste del territorio novohispano a finales del siglo XVI. Los franciscanos de los colegios de *Propaganda Fide* (la Difusión de la Fe) de la Santa Cruz en Querétaro, San Fernando en la Ciudad de México y Guadalupe, Zacatecas, se encargaron de algunas de las antiguas misiones jesuitas después de la expulsión. Además, acompañaron la extensión de la presencia española hasta la Alta California, como ya lo habían hecho en lo que es ahora Coahuila y Texas. Sus hermanos de la Provincia del Santo Evangelio, la primera provincia franciscana del Nuevo Mundo con sede en la Ciudad de México, los habían precedido en el centro-norte y occidente del virreinato, y habían llegado al Nuevo México a finales del siglo XVI.

La mención que hace el padre Wirtz de la ineficacia de las “armas españolas” en territorios difíciles es para subrayar y enaltecer el papel de los religiosos en la expansión del gobierno colonial. Enfrentaron la naturaleza variada de una amplísima extensión geográfica con espíritu de exploradores, para cumplir con su tarea de ser portadores de la cultura y religión española y criolla al norte. No obstante las dificultades del terreno, para finales de la época colonial habían establecido cientos de misiones, que fueron los núcleos de poblados que en su mayoría permanecen hoy en día. La historia y características de estos lugares han sido estudiadas desde hace años. Primero, los propios misioneros difundieron su labor, pero actualmente las misiones norteamericanas son tema de estudio desde muchos puntos de vista y diferentes disciplinas de las ciencias humanas y sociales que buscan entender y valorar su papel en la compleja historia tanto de México como de los Estados Unidos de Norteamérica.

Por lo vistoso de los restos materiales de algunas de las iglesias de estas misiones, su arquitectura, especialmente en Estados Unidos, ha servido como expresión de identidades regionales y locales. En México, algunos de los templos de Sonora, en particular, también cumplen este papel. Con todo, es sorprendente lo poco que se conoce de las obras de arte que contenían estos edificios. Es decir, los conocimientos de la cultura visual de las misiones se han quedado en las imágenes de los edificios, en sus paisajes y como fondo para los dramas humanos que allí se desarrollaron. La interacción entre estos edificios con los objetos que los decoraban y los



Heinrich Scherer (1628-1704), *Societas Iesu Per universum mundum diffusa*, México, 1702

individuos y comunidades que los crearon y usaron ha recibido poca atención. Sin embargo, todas las iglesias misionales estaban llenas de objetos que hoy llamamos “arte” y, a pesar de las destrucciones del tiempo y de los hombres, mucho se conserva todavía.

La calidad y variedad de estos objetos, casi desconocidos, fueron la inspiración para la organización de una exposición binacional, con su primera sede en México, en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, donde en el siglo XVIII estudiaron muchos futuros misioneros; después fue Escuela Nacional Preparatoria, y es ahora uno de los edificios virreinales más importantes del patrimonio arquitectónico y artístico de la Universidad Nacional Autónoma de México. La exposición, titulada “Cicatrices de la fe: el arte de las misiones del norte de la Nueva España, 1600-1821”, es la primera que explora de manera global la producción artística creada para y en las misiones norteamericanas en los siglos XVII y XVIII. Se reunieron alrededor de 130 objetos franciscanos y jesuitas, en técnicas y materiales variados, provenientes de colecciones mexicanas, estadounidenses y europeas, la mayoría de ellas jamás vistas fuera de sus sitios originales.

Acompaña la exposición un catálogo con ensayos escritos por especialistas en historia del arte y de la arquitectura, así como en historia y antropología, y con explicacio-

nes y fotografías de los objetos expuestos. Este libro es un apoyo indispensable para entender las obras reunidas y será la memoria de la exposición que servirá de base para estudios futuros. Sin embargo, el guión que establece el discurso desarrollado a través del orden dado a los objetos en exhibición también tiene su importancia. En las líneas que siguen, por lo tanto, explicaré la organización de la exposición, tal como se puede ver en San Ildefonso. En las otras sedes que acogerán la muestra, se presentarán otros discursos que valdrá la pena analizar en el futuro.

LUGARES, CULTURAS E HISTORIAS

Después de la sala introductoria en la que se exhiben mapas que localizan las misiones franciscanas y jesuitas y proyecciones de fotografías de sitios y arquitecturas misionales, la primera parte de la exposición está conformada por obras que representan a los misioneros, sus historias y sus anhelos. Al inicio, están dos esculturas contrastantes de los santos fundadores de las principales órdenes misioneras en el norte: los santos Francisco de Asís e Ignacio de Loyola. Francisco es una figura en madera policromada, de rostro dulce, juvenil e idealizado, mientras

Ignacio es una escultura de vestir —es decir, con sotana y manto negros de telas verdaderas. Su rostro intenso y serio de hombre maduro refuerza el realismo de su presencia. Sigue una sala con mapas y libros en lenguas indígenas norteamericanas, que invita al público a considerar dos de las dificultades principales de los misioneros: las enormes distancias a cubrir en territorios desconocidos y la imposibilidad de comunicación con indígenas cuyas lenguas les eran extrañas. Algunos de los misioneros enfrentaron estos retos con actividades intelectuales, haciendo mapas y escribiendo textos. Horacio Polici, jesuita napolitano, que estuvo en Sonora a partir de 1687, expresó el valor que los misioneros daban a estos esfuerzos: “Ni los trabajos para fundar Iglesias, alhajarlas y festejarlas son equivalentes al regalo que la Compañía de Jesús les da [a los indios] con estos libros” (Parecer al *Arte de la lengua teguima* de Natal Lombardo, México, Miguel de Rivera, 1702).

Otro problema para los misioneros fue la resistencia indígena a la presencia española. Por más que los franciscanos y jesuitas quisieran concentrar sus esfuerzos en actividades religiosas, formaban parte de una invasión europea en territorios amerindios y su visión del mundo se basaba en el convencimiento de la superioridad de su cultura y religión. Además, como agentes de la corona, los misioneros tenían la responsabilidad de ser intermediarios entre los indígenas en sus misiones y los colonos y soldados españoles que buscaban conquistar y explotar tierras y sacar oro y plata, actividades que requerían la mano de obra de los nativos. Las profundas contradicciones de esta situación llevaban continuamente a enfrentamientos violentos en los que muchos perdieron sus vidas. Las muertes de los misioneros venían contadas como martirios heroicos para la verdadera fe, tanto en textos como en pinturas, como las que relatan la destrucción de la misión de San Sabá en Texas y retratan a los misioneros franciscanos que allí murieron. En las figuras de los religiosos se ve el contraste entre las heridas y la sangre y la tranquilidad de las actitudes y los rostros de los mártires. Así el arte evidencia la violencia de la historia, al mismo tiempo que enaltece a los misioneros.

El idealismo de los misioneros está expresado con amplitud en una sala dedicada a san Francisco Xavier y en la narración de episodios de su vida. Francisco Xavier, compañero de Ignacio de Loyola, fue misionero en Asia desde 1541 hasta su muerte en 1552. Se le atribuyen millares de bautizos y llegó a considerarse el

paradigma del misionero europeo entre pueblos lejanos de culturas diferentes para la iglesia de la Contrarreforma. Cuando se le representa solo, predominan el éxtasis y la oración en su rostro y actitudes. Los eventos milagrosos de su historia derivan de las biografías que se escribieron después de su muerte, plasmados muy pronto también en series de grabados que facilitaron su difusión. En la iconografía de Xavier aparecen con frecuencia personificaciones de las cuatro partes del mundo para comunicar su papel de misionero universal. La iconografía novohispana, por su parte, americaniza la vida de Xavier incluyendo personajes ataviados con plumas entre los interlocutores del santo.

Tanto para los jesuitas como para los franciscanos, las misiones del norte novohispano eran sólo una parte de su labor apostólica. Por lo tanto, se incluyen en la exposición obras que celebran a los misioneros martirizados en el Japón, incluyendo, por supuesto, al franciscano Felipe de Jesús, nacido en la Ciudad de México, y al jesuita japonés, Pablo Miki. También están algunos, como Juan Francisco Regis, que trabajaron en partes de Europa donde hubo conflictos entre católicos y protestantes. Allí también hubo mártires, como los de Gorkum en Holanda, donde fueron asesinados un grupo numeroso de franciscanos y otros clérigos, representados en un cuadro proveniente de la iglesia de San Francisco en Puebla. Los franciscanos, en particular, recalcan con frecuencia el hecho que habían sido los primeros misioneros que llegaron al Nuevo Mundo, en tiempos de Carlos V. Por eso, está san Francisco de Asís en un cuadro, como caballero de la orden del Toisón de Oro. También favorecían las alegorías para explicar el papel de su orden en la historia de la salvación, como en un cuadro de Cristóbal de Villalpando, uno de cuatro que pintó para el convento de Guadalupe, Zacatecas. Allí aparece la monja franciscana, sor María de Jesús de Ágreda, quien visitaba América en su imaginación para predicar a los indígenas del norte. Está con san Juan Evangelista, contemplando a María como Mujer del Apocalipsis-Inmaculada Concepción que vuela sobre la Mística Ciudad de Dios, símbolo de la Iglesia triunfante.

IMÁGENES MISIONERAS, LITURGIA Y CELEBRACIONES

La segunda parte de la exposición, conformada por piezas encontradas en regiones norteamericanas de misión, inicia

La calidad y variedad de estos objetos, casi desconocidos, fueron la inspiración para la organización de esta exposición.

con una selección de pinturas y esculturas que podemos llamar “misioneras”. Son representaciones de Cristo y de la Virgen María que eran veneradas como poderosas presencias. Un relato de 1787 acerca de los primeros tiempos de las misiones franciscanas de Alta California, fundadas a partir de 1769, demuestra cómo una imagen de este tipo acompañó y protegió a los misioneros e intervino para convertir a los indígenas. Aunque el hecho que se cuenta haya ocurrido sólo en la imaginación de los frailes, nos revela su pensamiento acerca de este género de imagen:

Estando en el registro para elegir terreno [para establecer una misión], se les presentó una numerosa multitud de Gentiles, que armados y presididos de dos Capitanes, con espantosos alaridos pretendían impedir la fundación. Recelando los Padres se rompiese la guerra, y se verificasen algunas desgracias, sacó uno de ellos un lienzo con la Imagen de nuestra Señora de los Dolores, y lo puso a la vista de los Bárbaros; pero no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermoso Simulacro, arrojaron a tierra sus arcos y flechas, corriendo presurosos los dos Capitanes a poner a los pies de la Soberana Reina los abalorios que al cuello traían, como prendas de su mayor aprecio, manifestando con esta acción la paz que querían con los nuestros. (Fray Francisco Palou, *Relación histórica de la vida del Venerable Padre Fray Junípero Serra, y de las misiones que fundó en California septentrional*, México, Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1787, p. 130).

Entre las obras de este tipo en la exposición, hay que resaltar la escultura de un Cristo crucificado hecho en pasta de caña de maíz y fechado hacia 1580, al que se le atribuyó una vitalidad propia. Es la pieza más antigua de la exposición y fue llevada por los franciscanos a la zona tepehuana del Mezquital, actualmente en el estado de Durango. Por lo menos desde el siglo XVIII, se cuenta que, durante la rebelión tepehuana de 1616-1618, la escultura fue atacada y herida en la pierna derecha. Del lugar del golpe salieron gotas de sangre; es decir, la escultura estaba viva.

Junto con el Cristo del Mezquital, se exhiben versiones de varias imágenes de la Virgen María que fueron

traídas a la Nueva España desde Italia por los jesuitas a partir de finales del siglo XVI, justo por tener fama de ser milagrosas. Las dos más antiguas son la Virgen del Pópulo y la de Loreto, pintura la primera y escultura la segunda, cuyos originales se veneran en Roma y en Loreto, respectivamente; de ambas se cuenta que fueron obras hechas por san Lucas. La devoción a la Virgen del Pópulo prácticamente ha desaparecido en México. De hecho, la magnífica pintura de esta advocación de la Virgen que está en la exposición había sido bajada, doblada y metida en un costal, cuando fue rescatada en el pueblo de la antigua misión del oeste del estado de Chihuahua que fue fundado en su honor hacia 1680. Aunque muy dañada, la obra fue restaurada y ahora se puede no sólo reconocer la imagen sino también ver las grandes pinceladas sueltas que sugieren la autoría de Cristóbal de Villalpando. Los ángeles que coronan la imagen son una referencia directa a la nueva capilla hecha a principios del siglo XVII para el icono original en la basílica de Santa María la Mayor en Roma. Por su parte, la Virgen de Loreto acompañó al padre jesuita Juan María Salvatierra cuando fundó las misiones de Baja California. Dos esculturas del siglo XVIII, hieráticas pero sonrientes, la representan en la exposición.

En el siglo XVIII los jesuitas trajeron otras dos devociones marianas desde Italia: la Virgen del Refugio y la de la Luz. Éstas eran imágenes más recientes y más tiernas en sus expresiones y actitudes. La prueba de su popularidad está en que sus cultos sobrevivieron la expulsión jesuita y fueron promovidos también por los frailes de *Propaganda Fide*. La devoción a la Virgen del Refugio fue difundida, en particular, por los franciscanos de Guadalupe, Zacatecas, mientras la de la Luz fue llevada a la Alta California por los frailes de san Fernando. El título de esta Virgen se refiere a María como madre de Jesús, la Luz del mundo. En la pintura original y en las versiones usuales, María está sosteniendo a un devoto por un brazo para impedir que caiga en las fauces de un monstruo que representan la boca del infierno. En un lienzo pintado para San Diego, California, que está en la exposición, se ajustó la iconografía para su nuevo contexto: se eliminó la referencia al infierno y la Virgen está salvando a un indígena, mientras otros dos la veneran junto con san José y san Francisco de Asís.

Por más que los franciscanos y jesuitas quisieran concentrar sus esfuerzos en actividades religiosas, su visión del mundo se basaba en el convencimiento de la superioridad de su cultura y religión.

Además de asegurar la presencia de algunas imágenes poderosas, los misioneros ponían grandes esfuerzos en todo lo necesario para la liturgia y para las fiestas que correspondían a diferentes momentos del año. El misionero jesuita en Sonora, José María Genovese, declaró: "...en esto sí quieren los padres que los tengan por profusos y liberales, porque todo cede en mayor honra y gloria de Dios y culto de sus iglesias: ...lámparas, custodias, blandones, cálices, altares, estatuas, etcétera, que corresponde a los emolumentos de muchos años... y sirve de gran consuelo a los mismos indios" (Informe al virrey Baltasar de Zúñiga y Guzmán, marqués de Valero, 1722).

Una mitad de esta sala de la exposición está dedicada a la liturgia y a los sacramentos. Hay objetos de plata, incluyendo una custodia en su estuche de cuero para que se pudiera guardar y transportar con seguridad, proveniente de Santa Bárbara, California. Uno de los cuadros expuestos representa a san Francisco Xavier bautizando, que era un tema frecuente en las misiones jesuitas. Al pasar una larga vitrina en medio de la sala, que está llena de casullas bordadas y de textiles lujosos, visibles de ambos lados, el visitante se encuentra en un ambiente poblado por esculturas policromadas que fueron utilizadas en las celebraciones de la Semana Santa. Está Cristo montado en un burro para recordar y festejar el Domingo de Ramos, una figura de Jesús flagelado y atado a la columna, un Crucifijo y un Santo Entierro. Todas estas piezas fueron restauradas para la exposición. El Cristo del Domingo de Ramos había sido repintado en negro y la restauración le ha devuelto parte del rico estofado de su manto. El contraste entre la espalda martirizada y el bellissimo cabello alrededor del rostro dulce del Cristo a la columna es también una muestra de la notable calidad de muchas obras que se hallan en las misiones. Completa esta sección un extraordinario estandarte litúrgico proveniente de la misión jesuita de Cusárare en la Tarahumara. Para lograr el préstamo de esta pieza única, no sólo se restauró el estandarte que estaba en condiciones desastrosas; también se hizo una réplica para que la comunidad pudiera seguir utilizándolo mientras la exposición está en curso. Complementan esta parte de la exposición dos videos documentales de Sergio Yazbek: uno de la fiesta de san Francisco Xavier en su misión de Baja California en 2008, y el otro de la arquitectura y colecciones de la misión de San Carlos Borromeo en Carmel, California, donde murió fray Junípero Serra, su fundador.

ARTE HECHA PARA Y EN LAS MISIONES

Las restantes salas exhiben obras de pintura y escultura provenientes de las misiones. En un primer núcleo, hay fragmentos de retablos, que eran el adorno principal de



Anónimo, *Mapa de la California*, México, 1754

cualquier iglesia novohispana. Las misiones nortenas no eran la excepción y en algunas se conservan retablos de madera tallada y dorada. La exposición incluye un conjunto de pinturas de José de Páez, de forma cuadrilobulada, que seguramente formaban parte de un retablo dorado que celebraba a santos sacerdotes. Tanto estas pinturas, como la estructura del retablo, desarmada y en cajas, serían enviados al norte desde la Ciudad de México. Era un producto y un proceso largo y costoso, porque también se necesitaba de alguien capaz de armar el conjunto cuando llegaban las piezas a su destinación.

Para reducir los gastos y proveer de retablos a un número mayor de iglesias, algunos pintores de la Ciudad de México crearon los "retablos de perspectiva", como se llaman en los documentos del siglo XVIII. Se trata de grandes pinturas sobre lienzo que imitan la apariencia de retablos reales. Por este medio, casi cualquier sitio podía tener retablos. Es el caso, por ejemplo, de la antigua misión de Santa María de Cuevas en la Tarahumara Baja desde donde proviene el fragmento de retablo de perspectiva más antiguo que se conoce hasta ahora, pintado por Juan Correa antes de 1700, e incluido en la exposición. Está dedicado a san Francisco Xavier, a quien vemos bautizando a unos nuevos cristianos asiáticos, mientras una familia de indígenas americanos espera su turno. Al lado derecho del marco pintado, se ve un pequeño resto de otra escena por donde seguía el retablo, mien-

tras el propio marco tiene oro para reforzar la ilusión.

Hay dos retablos pintados casi enteros en la exposición. Uno, dedicado a la Virgen de Guadalupe, a cuyos pies está la firma de Juan Antonio Arriaga y la fecha de 1740, se admira por primera vez en nuestra época como se veía cuando fue instalado en alguna iglesia al oeste de la villa de Chihuahua en el siglo XVIII. Se puede apreciar cómo Arriaga pintó el primer cuerpo del retablo completo. Después, parece que se cortó en piezas manejables para enrollarse y enviar a su destino, donde fue armado siguiendo la escueta indicación de “primer cuerpo” escrita detrás del lienzo de santa Ana, que era suficiente para volver a integrar el conjunto. El segundo retablo de perspectiva completo en la exposición también está dedicado a la Guadalupana. Faltan dos de las cuatro apariciones, pero se puede apreciar en este caso cómo el conjunto estaba unido por marcos de roleos y de hojas pintadas, imitando adornos barrocos. Es un retablo en el que el pintor asume más directamente su vocación de autor imaginativo, ya que prescinde de las formas arquitectónicas tradicionales.

Al llegar casi al final de la exposición, el público encuentra obras, especialmente en pintura, de gran calidad provenientes de las misiones, pero hechas en la Ciudad de México, como son unos cuadros de Miguel Cabrera, enviados a las misiones por los procuradores de las misiones en la capital. Además, en una sala está una selección de piezas excepcionales producidas en los propios territorios norteros. Las comunidades indígenas del norte se rebelaron una y otra vez a la conquista española, pero también supieron encontrar en las misiones cierto alivio, temporal y espiritual, frente al trauma individual y colectivo que estaban viviendo. En gran parte, la arquitectura misional fue obra de los indígenas, trabajando bajo la supervisión de los misioneros o de maestros de otros sitios, y se practicaron en las misiones también la música, la escultura y la pintura. También fueron muy renombradas las habilidades indígenas para los trabajos textiles y de cestería. Se sabe que los nuevos cristianos pronto aprendieron a utilizar herramientas europeas para tallar la madera y eventualmente hacer muebles, retablos y esculturas. El jesuita Tomás Miranda, al describir un mueble para la sacristía de una iglesia sonorensa, comenta: “es de las obras que en otros reinos llamarían primas por sus artífices; en éste, aunque es primorosa, no tiene el nombre de prima por ser

de mano de un indio de Sahuaripa. Es toda de nogal embutida con mil curiosidades, los cajones anchos y bien dispuestos con sus argollas de fierro; encima, a modo piramidal, suben otros cajones de lo mismo, y en el medio queda un nicho aforrado de terciopelo con franja fina” (Inventario de la sacristía de Nuestra Señora de los Ángeles Sahuaripa, 1744).

Ésta y muchísimas otras obras indígenas han desaparecido. Sin embargo, para la exposición se pudieron reunir un grupo de pinturas sobre pieles del Nuevo México. La técnica corresponde a una tradición indígena que fue adaptada a necesidades cristianas. También hay una canasta de los chumash de California, adornada con el escudo de la monarquía española. En un video en la misma sala, se presenta un acantilado del norte del estado de Zacatecas que está lleno de petroglifos. En el registro central, donde se ven elementos que corresponden al mundo de la existencia e historia humana en la tierra, destaca la presencia de una iglesia cristiana entre motivos de la naturaleza y mitologías indígenas. Así, los habitantes de la zona en la época española integraron su propia historia a los testimonios que habían dejado sus ancestros en la piedra desde hacía siglos.

La parte final de la exposición presenta información y comentarios acerca de la conservación y restauración de las obras. Al centro está un magnífico cuadro de un *Angel de la guarda* de la misión de Tutuaca, Chihuahua, cuya figura se pudo rescatar sólo en parte, ya que el resto está perdido. En un video, se pueden observar a los restauradores en el taller del propio San Ildefonso, trabajando en algunas obras de la exposición, y oír sus explicaciones. Además, hay presentaciones en diapositivas de los procesos completos de tres de las obras que necesitaron trabajos más largos y complejos: la Virgen del Pópulo atribuida a Villalpando, la escultura del Cristo del Domingo de Ramos, mencionada arriba, y una escultura de la Virgen con el Niño de la antigua misión jesuita de Otáez, Durango. Otras restauraciones se hicieron en la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía “Manuel del Castillo Negrete” del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Protego A.C. de Chihuahua, la Fundación Getty, la California Mission Society, la embajada de Estado Unidos en México e individuos particulares han contribuido a estos esfuerzos que, igual que los estudios acerca del arte de las misiones, deben seguir y ampliarse.

La parte final de la exposición presenta información y comentarios acerca de la conservación y restauración de las obras.